

N.º 63

MAYO - JUNIO - 1958



ayer y hoy

ayer, hoy

REVISTA DE ARTE Y LETRAS

Depósito legal - TO - 20 - 1958

Núm. 63

Mayo - Junio 1958

EDITA

ASOCIACIÓN DE ARTISTAS TOLEDANOS

«ESTILO»



DIRECTOR

CLEMENTE PALENCIA

ADJUNTOS DE DIRECCION

TOMÁS SIERRA y JOSÉ PEDRAZA

REDACTOR-JEFE

FERNANDO ESPEJO GARCÍA

CONSEJO DE REDACCIÓN:

ENRIQUE VELOSO

JUAN ANTONIO VILLACAÑAS

CARLOS H. BUSTAMANTE

SANDALIO DE CASTRO

MANUEL M. PINTADO

SECRETARIO DE REDACCIÓN

SANTOS CIRUJANO ROBLEDO

ESCRIBEN EN ESTE NÚMERO:

RAFAEL BRÚN

ALBERTO CAMUS

D. S.

FERNANDO ESPEJO

JOSÉ GIL GONZÁLEZ

FERNANDO J. DE GREGORIO

CLEMENTE PALENCIA

JOSÉ PEDRAZA

TOMÁS SIERRA

ENRIQUE VELOSO

JUAN ANTONIO VILLACAÑAS

DIBUJAN:

FERNANDO GILES

CECILIO G. MALAGÓN

ANTONIO MORAGÓN

MANUEL ROMERO

MANUEL S. LUDEÑA

JOSÉ TIMÓN CASTRO

ENRIQUE VELOSO

POESÍAS ORIGINALES DE

EDUARDA MORO

LEOPOLDO DE LUIS

MANUEL PACHECO

IMPRIME:
R. Gómez-Menor

DIRECCIÓN:
Puerta del Sol

TOLEDO

Cuando da el corazón la media noche

CARLOS MURCIANO. —Colec. «Veleta al Sur».—Granada.

En las páginas de «Ayer y Hoy» habíamos leído con verdadera delectación a Carlos Murciano, uno de los poetas andaluces que actualmente acuñan la mejor moneda poética. Ahora nos hace conocer su último libro «Cuando da el corazón la media noche», cuyo título ya es una revelación máxima en el difícil «arte» de la titulación.

Empieza su obra con un bien logrado poema.—«Historia»— que nos conduce mágicamente a las desconocidas regiones del aire, de par en par las puertas del espíritu. Además, está dividida en tres partes: «La hora infinita», «Vuelo de Silfos» y «Noche plena». El libro total es un rico campo de versos tan maduros como exquisitos, en contraposición con la reconocida juventud de este poeta.

Sólo una cosa le diría yo a Carlos Murciano, bajito, casi al oído, y como juicio personalísimo: No me agrada su insistencia en la glosa de versos de otros poetas, pues si bien demuestra sus innegables conocimientos, creo que esto disminuye categoría poética, y a Carlos Murciano no le hace falta apoyarse en nada para darnos un buen poema. (Y conste que yo suelo equivocarme en mis aseveraciones).

Otoño encuadernado

ALDO TORRES. Colec. «Nacimiento».—Santiago de Chile.

Aldo Torres nos dice: «Otoño encuadernado» documenta una experiencia de poesía inmediata, sin pausa entre el sentimiento y la expresión».

De acuerdo con Aldo Torres. Esto debe ser la poesía cuando un poeta es tan poeta que, como el encendedor que al primer golpe nos responde, nos da el verso tan preciso como si se tratase de una sensación fotografiada.

Lo único que puede suceder en este caso, en perjuicio de quien tiene que aprendernos, es que estas sensaciones necesiten un «retoque» y no podamos dárselo por falta de recursos técnicos. La gran ventaja de Aldo es que todo lo tiene superado en su libro de poemas, si no se hubiera atrevido a decirlo con tan viva autoridad. Y lo que dice es cierto. He aquí la prueba.

«Fecunda oscuridad
la de los sueños».

«Otoño encuadernado» habla así de un poeta auténtico.

J. A. V.

Asociación de Artistas Toledanos «ESTILO»

JUNTA GENERAL ORDINARIA

Dios mediante, y en el local que al efecto se designe, el día 31 de Julio de 1958 se celebrará la Junta General Ordinaria correspondiente al año en curso. En ella se procederá a la lectura de la Memoria General, Estado de Cuentas y, a continuación, se realizará la renovación reglamentaria de cargos directivos, mediante la oportuna elección.

MISIÓN Y DEBER DEL ESCRITOR

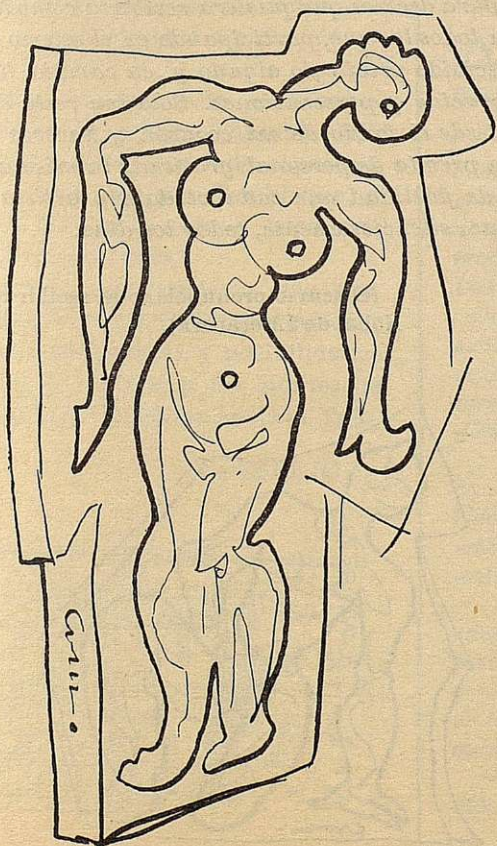
Por ALBERT CAMUS

A nosotros no nos gusta Camus, sin que por eso dejemos de reconocer que es un gran artista de la expresión literaria y una figura representativa de ciertas tendencias actuales.

Al recibir la distinción con que vuestra independiente Academia ha querido honrarme, mi gratitud es tanto más profunda en cuanto considero hasta qué punto esta recompensa excede de mis méritos personales.

Todo hombre, y con mayor razón todo artista, desea que se estime lo que él es o quiere ser. También yo lo deseo. Pero al conocer vuestra decisión, me fué imposible comparar su resonancia con lo que realmente soy. ¿Cómo un hombre todavía casi joven, rico sólo de sus dudas, con una obra en inicial desarrollo, habituado a vivir en la soledad del trabajo o en el retiro de la amistad, puede recibir, sin cierto temor, un galardón que le coloca de pronto, y solo, en plena luz? ¿Con qué estado de ánimo puede recibir este honor al tiempo que, en tantas partes, otros escritores, algunos entre los más grandes, están reducidos al silencio, y cuando al mismo tiempo su tierra natal conoce incesantes desdichas?

Sinceramente he sentido esa inquietud y ese malestar. Para recobrar mi paz interior, me ha sido necesario ponerme a tono con un destino harto generoso. Y como me era imposible igualarme a él con el sólo apoyo de mis méritos, no he hallado nada mejor para ayudarme que lo



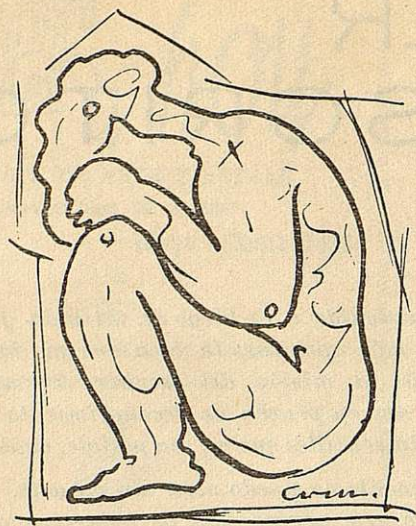
que me ha sostenido a lo largo de mi vida y en las circunstancias más opuestas: la idea que me he forjado de mi arte y de la misión del escritor. Permittedme que, aunque sólo sea en prueba de reconocimiento y amistad, os diga, con la sencillez que me sea posible, cuál es esa idea.

Personalmente no puedo vivir sin mi arte. Pero jamás he puesto ese arte por encima de toda otra cosa. Por el contrario, si él me es necesario, es porque no me separa de nadie y me permite vivir, tal como soy, al nivel de todos. A mi ver, el arte no es una diversión solitaria. Es un medio de emocionar al mayor número de hombres, ofreciéndoles una imagen privilegiada de dolores y alegrías comunes. Obliga, pues, al artista, a no aislarse; le somete a la verdad, a la más humilde y universal. Y aquellos que muchas veces han elegido su destino de artistas porque se sentían distintos, aprenden pronto que no podrán nutrir su arte ni su diferencia sino confesando su semejanza con todos.

El artista se forja en ese perpetuo ir y venir de sí mismo a los demás, equidistante entre la belleza —sin la cual no se puede vivir— y la comunidad —de la cual no puede desprenderse—. Por eso, los verdaderos artistas no desdeñan nada; se obligan a comprender en vez de juzgar. Y si han de tomar un partido en este mundo, éste sólo puede ser el de una sociedad en la que, según la gran frase de de Nietzsche, no ha de reinar el juez, sino el creador, sea trabajador o intelectual.

Por lo mismo, el papel de escritor es inseparable de difíciles deberes. Por definición, no puede ponerse al servicio de quienes hacen la historia, sino al servicio de quienes la sufren. Si no lo hiciera, quedaría solo, privado hasta de su arte. Todos los ejércitos de la tiranía, con sus millones de hombres, no le arrancarían de la soledad, aunque consienta en acomodarse a su paso, y sobre todo, si lo consintiera. Pero el silencio de un prisionero desconocido, abandonado a las humillaciones en el otro extremo del mundo, basta para sacar al escritor de su soledad cada vez, al menos, que logra, en medio de los privilegios de su libertad, no olvidar ese silencio, y trata de recogerlo y reemplazarlo para hacerlo valer mediante todos los recursos del arte.

Ninguno de nosotros es lo bastante grande para semejante vocación. Pero en todas las circunstancias de su vida, obscuro o provisionalmente célebre, aherrojado por la tiranía o libre de poder expresarse, el escritor puede encontrar el sentimiento de una comunidad viva que le justificará a condición de que acepte, en la medida de sus posibles, las dos tareas que constituyen la grandeza de su oficio: el servicio de la verdad y el servicio de la libertad. Y pues su vocación es agrupar el mayor número posible de hombres; no puede acomodarse a la mentira y a la servidumbre, que donde reinan hacen proliferar las soledades. Cualesquiera que sean nuestras flaquezas personales, la nobleza de nuestro oficio arraigará siempre en los imperativos difíciles de mantener: la negativa a mentir respecto de lo que se sabe y la resistencia a la opresión.



Durante más de veinte años de una historia demencial, perdido sin recurso — como todos los hombres de mi edad — en las convulsiones del tiempo, sólo me ha sostenido el sentimiento hondo de que escribir es hoy un honor, porque ese acto obliga, y obliga a algo más que a escribir. Me obligaba, esencialmente, tal como yo era y con arreglo a mis fuerzas, a compartir con todos los que vivían mi misma historia la desventura y esperanza. Esos hombres — nacidos al comienzo de la primera guerra mundial, y que tenían veinte años a la vez que se iniciaba la instauración del régimen nacionalsocialista y los primeros procesos revolucionarios, y que para completar su formación se vieron enfrentados en la guerra de España, en la segunda guerra mundial, en el infinito de los campos de prisioneros, en la guerra del castigo y la represión — se ven obligados a educar a sus hijos y orientar sus obras en un mundo amenazado de destrucción nuclear. Supongo que nadie pretenderá pedirles que sean optimistas. Hasta llego a pensar que debemos ser comprensivos, sin dejar de luchar contra ellos, con el error de los que, por un exceso de desesperación, han reivindicado el derecho al deshonor y se han lanzado a los nihilismos de la época. Pero sucede que la mayoría de entre nosotros, en mi país y en el mundo entero, han rechazado el nihilismo y se consagran a la conquista de una legitimidad. Les ha sido preciso forjarse un arte de vivir para tiempos catastróficos, a fin de nacer una segunda vez y luchar luego, a cara descubierta, contra el instinto de muerte que se agita en nuestra historia.

Indudablemente, cada generación se cree destinada a rehacer el mundo. La mía sabe, sin embargo, que no podrá hacerlo. Pero su tarea es quizá mayor. Consiste e impedir que el mundo se deshaga. Heredera de una historia corrompida en la que se mezclan las revoluciones fracasadas, las técnicas enloquecidas, las deidades fenecidas y las ideologías estériles; en la que poderes mediocres, que hoy pueden destruirlo todo, no saben convencer; en que la inteligencia se humilla hasta ponerse al servicio del odio y de la opresión; esa generación ha debido, en sí misma y a su alrededor, restaurar, partiendo de sus amargas inquietudes, un poco de lo que constituye la dignidad de vivir y morir. Ante un mundo amenazado de desintegración, en el que nuestros grandes inquisidores intentan establecer para siempre el imperio de la muerte, sabe que debería, en una especie de carrera loca contra el tiempo, restaurar entre las naciones una paz que no sea la de la servidumbre, reconciliar de nuevo el trabajo y la cultura y reconstruir con todos los hombres una nueva Arca de la Alianza. No es seguro que esta generación pueda al fin cumplir esa

labor inmensa, pero lo cierto es que, por doquier en el mundo tiene ya hecha, y la mantiene, su doble apuesta en favor de la verdad y de la libertad, y que, llegado el momento, sabe morir sin odio por ella.

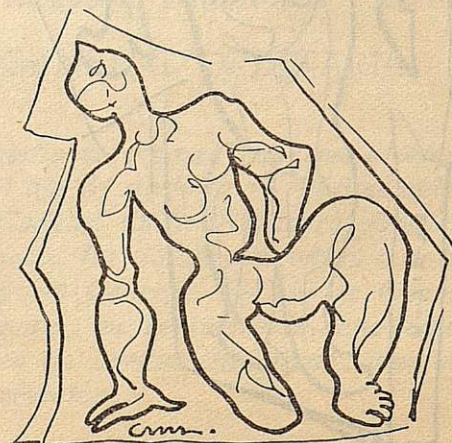
Es esta generación la que debe ser saludada y alentada donde quiera que se halle, y, sobre todo, donde se sacrifica. En ella, seguro de vuestra profunda aprobación, quisiera yo declinar el honor que acabáis de hacerme.

Al mismo tiempo, después de expresar la nobleza del oficio de escribir, querría yo situar al escritor en su verdadero lugar, sin otros títulos que los que comparte con sus compañeros de lucha: vulnerable, pero tenaz; injusto, pero apasionado de justicia, realizando su obra sin vergüenza ni orgullo, a la vista de todos, atento siempre al dolor y a la belleza, consagrado, en fin, a sacar de su ser complejo las creaciones que intenta levantar, obstinadamente, entre el movimiento destructor de la historia.

¿Quién, después de eso, podrá esperar que él presente soluciones ya hechas y bellas lecciones de moral? La verdad es misteriosa, huidiza, y siempre hay que tratar de conquistarla. La libertad es peligrosa, tan dura de vivir como exaltante. Debemos avanzar hacia esos dos fines, penosa, pero resueltamente, descontando por anticipado nuestros desfallecimientos a lo largo de tan dilatado camino. ¿Qué escritor osaría, en conciencia, proclamarse predicador de la virtud? En cuanto a mí, necesito decir una vez más que no soy nada de eso. Jamás he podido renunciar a la luz, a la dicha de ser, a la vida libre en que he crecido. Pero aunque eso explique muchos de mis errores y de mis faltas, indudablemente me ha ayudado a comprender mejor mi oficio y también a mantenerme, decididamente, al lado de todos esos hombres silenciosos, que no soportan en el mundo la vida que les toca vivir más que por el recuerdo de breves y libres momentos de felicidad y por la esperanza de volverlos a vivir.

Reducido así a lo que realmente soy, a mis verdaderos límites, a mis dudas y también a mi fe difícil, me siento más libre para destacar, al concluir, la magnitud y generosidad de la distinción que acabáis de hacerme. Más libre también para deciros que quisiera recibirla como homenaje rendido a todos los que, participando en el mismo combate, no han recibido privilegio alguno y, en cambio, han conocido desgracias y persecuciones. Sólo me resta daros las gracias desde el fondo de mi corazón y haceros públicamente, en prenda de personal gratitud, la misma y vieja promesa de fidelidad que cada verdadero artista se hace a sí mismo, silenciosamente, todos los días.

(Discurso pronunciado al recibir el Premio Nobel de Literatura).





RUTAS TURÍSTICAS

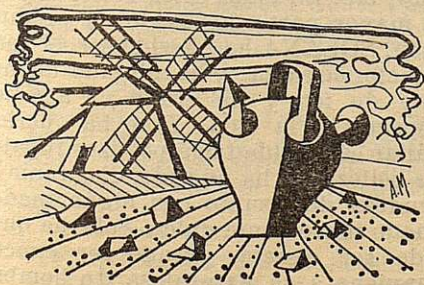
Toledo —capital y provincia— tiene una situación geográfica que no dudamos en considerar privilegiada a ciertos efectos: limitada al Norte y Sur por cadenas montañosas con alturas superiores al millar de metros, nieves perpetuas, abundantes corrientes de agua, caza mayor y menor, monte bajo, bosque, etc.; sita casi en el centro geográfico de España y atravesada por numerosas carreteras, generales todas ellas, y las secundarias que las enlazan entre sí, que pasan por ciudades, pueblos y aldeas, sin que el viajero que por ellas transita sienta curiosidad en pararse a mirar algo: ese «algo» que tanto abunda en esta tierra de godos, árabes, judíos, moriscos, mozárabes, cristianos viejos...

A nosotros nos gustaría que, en plena carretera, se despertase la curiosidad del viajero, empleando al efecto los medios adecuados: que se convierta en una ruta turística lo que, en su sentido más real, es un encintado de asfalto, cemento y piedra. El camino emprendido, cualquiera que sea su dirección, está repleto de ruinas, templos, plazas y vestigios de todas las épocas, y algunos casi únicos, como Melque.

Es penoso que ocurra lo que le sucedió a Víctor de la Serna cuando viajó por España como «enviado especial» de A B C: que pasó por Tembleque, y de él sólo vió las especiales peculiaridades de su carretera.

Y también nos gustaría que una adecuada propaganda diese a conocer las excelentes bellezas y posibilidades turísticas de Gredos y los Montes de Toledo en sus vertientes hacia el Tajo.

F. ESPEJO



LA MUERTE EN LA FILOSOFÍA ESTOICA

En los humbrales de la vieja filosofía estoica se lee este rótulo bañado de agria duda existencialista: ¿Es el hombre solamente un ser para morir? Así le concibió la vieja filosofía estoica, y en este principio ahoyó su nido. Para ella el cuerpo del hombre era un compuesto de agua y aire, elemento comunicado por los padres. Y el alma era una partícula desprendida del Fuego Universal. Según los principios de esta escuela, el alma era corpórea. Por eso Marco Aurelio tardamente llegó a barruntar su espiritualidad. Para él solamente el alma del mundo es inmortal. Todas las demás, aunque se encumbren por encima del cuerpo, parecen el juicio universal. El hombre, para esta escuela, no pasaba de ser un ser para morir.

A esta teoría, un tanto rudimentaria, siguió la escuela del Puro Estoicismo, encarnada en Séneca, que sale de sus tinieblas como alondra a camino de sol. En esta escuela, Séneca alumbró la aurora de un día nuevo. ¿Qué es la muerte para Séneca? Séneca estudia detenidamente al hombre y se pregunta: ¿Qué es el hombre? «Lo mejor que tiene el hombre, dice Séneca, es la razón, y esta razón es una partícula desprendida del mismo Dios, que al volar de la cárcel y de los hierros del cuerpo, vivirá inmortalidad».

Aunque la finalidad existencial del hombre no sea un ser para morir, es cierto que tiene que morir. A ello le encamina su ser finito... limitado... contingente... Lo mismo que un día alboró a sus ojos la luz de su existencia, otro día anochece su alma el ocaso de su ser. Es una necesidad de su finalidad existencial. Luego el hombre tiene que morir.

Ahora bien; ¿cómo concibió la muerte la filosofía estoica? Antes de nada hay que afirmar que entre la vieja filosofía estoica y la cristiana existen varios rayos de semejanza. El cristianismo concibe la muerte como pena y residuo del Pecado Original. El estoicismo no admitió el primer pecado, pero palpó claramente los efectos. Por eso llegó a conclusiones parejas con el cristianismo. La muerte para el estoicismo es el punto de unión del Tiempo con la Eternidad, el tránsito a los Dioses. El alma —en esta desunión de los dos compuestos— no se extingue ni vuela de parte a parte (Meténcosis), antes sube para descansar en los Dioses.

¿Cómo concibió la muerte Séneca? Él mismo nos lo dice claramente: «Ninguno de nosotros piensa que pronto o tarde tendrá que salir de esta morada, como a los viejos inquilinos nos retiene el amor a la casa y la costumbre, que desafía todas las incomodidades. ¿Quieres ser libre contra este cuerpo? Mora en él como quien de él ha de emigrar. Piensa que algún día tendrás que dejar ese alojamiento y te sentirás más fuerte en previsión de tu salida forzosa». Y Séneca continúa: «Sólo de la ciencia del morir llegará inexorablemente el día en que tendrá que ser aplicada. No vayas a creer que sólo los grandes caracteres tuvieron esta fuerza para romper las barreras de la servidumbre humana. No vayas a creer que eso sólo puede hacerlo Cato, que arrancó con su propia mano el alma que no pudo extraer con el hierro. Hombre de condición vilísima con ímpetu grande voló al inmortal seguro».

JOSÉ GIL GONZÁLEZ

ANOTACIONES

Todos tenemos nuestra «acera de enfrente», y en esto no somos una excepción. En ella están: el enemigo, el inocente, el ingenuo, el falto de sentido común y el indiscreto. No equivoquemos los términos; inocencia e ingenuidad no son una misma cosa, de la misma manera que no debemos confundir la inocencia con la falta de sentido común, ni la ingenuidad con la indiscreción. Los menos peligrosos son el inocente y el enemigo declarado, por cuanto sus reacciones son lógicas, naturales y, casi siempre, previsibles. El ingenuo suele ser un ignorante culpable, y el carente de sentido común acusa falta de reflexión. El indiscreto hace alarde de su hipócrita ingenuidad o, en todo caso, intenta tapar la mentira de su lengua con una media verdad dicha entre dientes.

No están en la «acera de enfrente», pero con mucha frecuencia colaboran con ella; el que cree que la impertinencia y la grosería es lo mismo que sinceridad y franqueza, y el que confunde la injusticia y la frialdad con la ecuanimidad, como si no se pudiera ser imparcial y al mismo tiempo de espíritu ardiente.

No comprenden que si «hacer» es muy heroico, para ellos lo es más el que «dejen de hacer» o que «dejen hacer». Nos juzgan por lo que no hemos hecho, pero quizá pudimos hacer. Si Dios juzgase así, todos terminaríamos llorando y rechinando los dientes. Nos critican, y toman por asentimiento el silencio de los que trabajan. Si respetamos su libertad, dejándoles decir todo lo que quieren, ¿por qué nos quieren obligar a decir lo que queremos callar?

Es más, ni siquiera nos conceden el derecho a disgustarnos ante su intención manifiesta.—F. E.



Exposición Antológica de Solana

Comentada por ENRIQUE VELOSO

(Club Urbis. Menéndez Pelayo, 73. Madrid).

En el magnífico salón de exposiciones del Círculo Urbis, se ha exhibido una interesantísima muestra del arte de SOLANA. Hace años, en la pequeña y desaparecida sala Tanagra de la calle Argensola (calle tan vinculada a SOLANA), se presentó un conjunto de obras que eran, a sí mismo, de lo más característico en la producción de este pintor. Mas la colección que contemplamos en el círculo Urbis es más completa, y quizás por ello, el catálogo de la misma habla de «primera» exposición antológica de SOLANA. Lo importante, sin embargo, es admirar los veintiún cuadros expuestos que, alternados con unos curiosos objetos personales del artista (su muñeca «la pelona», su caja de pinturas, dos trompetas y el espejo de la muerte), nos permiten sentir milagrosamente próximo a nosotros el espíritu que animara a aquél.

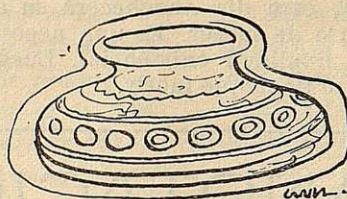
En el círculo Urbis preparose, pues, un «atrezzo» especial que había de prestar a los cuadros expuestos un ambiente y un calor que les convenían. Es de agradecer esta gentileza del citado círculo. Pero sería deseable que ese ambiente y ese calor que durante un mes acariciaron las telas pintadas por SOLANA, fueran constantemente mantenidos. Pues sería necesario para la formación artística de las nuevas generaciones de pintores, la creación del Museo Solana. Y tal Museo, caso de tener realidad algún día, no dudo que tendría mucho del aire que se respiraba en la exposición que es objeto de estas líneas.

Entre los veintiún cuadro que tuvimos la dicha de admirar, hay al menos una representación de cada uno de esos temas tan queridos de SOLANA. Me refiero a esas series de cuadros que enfocan diversas facetas de la gran tragicomedia de la vida, ofreciéndonos un primer acto de carnaval, un segundo acto de toros, un tercero de procesiones, y un último acto de religión y muerte. Máscaras y títeres, penitentes y encapuchados, toreros y picadores, plañideras y muertos, e ahí los personajes de la obra.

SOLANA capta el alma castellana a través de manifestaciones colectivas

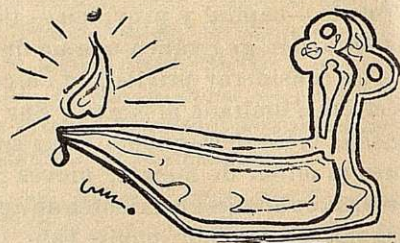
populares, imprimiendo a sus cuadros ora una huella de chabacana alegría, ora un acento de frenético apasionamiento, o bien un profundo sello de íntimo dolor místico-religioso.

La obra de SOLANA es una. No hay cuadro en su producción, susceptible de ser comprendido y valorado en su exacta magnitud, si se considera separado del conjunto. Cada uno de sus cuadros es partes integrante del mensaje que nos ha transmitido a nosotros, sus compatriotas, haciéndonos ver hasta la entraña de nuestro ser. Y es, precisamente, por ese sabio mérito de calar tan hondo, por lo que la pintura de SOLANA horroriza a muchos, y muchos la califican de tremenda.

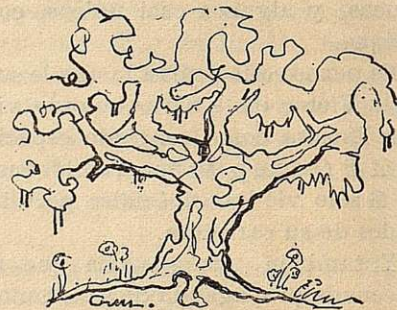


Hay tres retratos en la Exposición. El retrato es, para SOLANA, materia que no ofrece complicaciones. La misma sencillez que preside la composición del gran retrato de los contertulios del café «Pombo» (Museo Nacional de Arte Moderno, Madrid), está patente en las tres muestras que de este género se nos ofrecen en la Exposición. Ante todo, encontramos un retrato de D. Miguel Unamuno (propiedad de D. Víctor de la Serna), que pese a sernos conocido, encontramos siempre interesante. Aparece Unamuno sentado y sumido en una aparente quietud, que con gran acierto se ha hecho contrastar con esa constante ebullición intelectual que se operaba en su cerebro de filósofo, y que advertimos por las llamaradas que se escapan por entre las rendijas de sus chispeantes ojos. Luego, encontramos el «autorretrato», que nos muestra al artista tal y como le imaginábamos por sus obras. Está sentado empuñando la paleta y los pinceles con la mano izquierda, y posando su bonachona y nudosa diestra de hombre noble sobre

la cabeza de un maniquí, una de sus queridas muñecas. La frente de SOLANA es amplia y su mirada abarca la realidad con un ángulo de trescientos sesenta grados. Pues SOLANA (ya lo dice el significado de la palabra de su apellido), es un gran ventanal de ancha frente que contempla cuanto se alza ante su vista. Y SOLANA vió y supo plasmar en sus cuadros cuanto de bello y misterioso hay en la realidad cotidiana de la vida que se ofrecía ante sus ojos.



Los temas de máscaras abundan en la colección. Los más acertados son, quizás, los titulados «Máscaras» (propiedad del Dr. Marañón), y «Máscaras en las afueras» (propiedad del señor Sánchez Camargo). El carnaval está sentido hondamente por el artista, que ve algo más que jolgorio en la algarabía de la mascarada. Pues nos dice el pintor que bajo el loco bullicio colectivo se oculta el drama de cada fantoche que ha tapado su rostro para expansionar sus instintos más animales. Al parecer, SOLANA siendo niño, tuvo cierto encuentro desagradable con una máscara que, en medio de la confusión de un carnaval madrileño, deslizóse en su casa con fines inconfesables, impresionando con gran susto a la criatura, que desde entonces pareció obsesionarse con cuanto se relaciona con el carnaval.



Hay cinco cuadros de gran tamaño en la Exposición, que considero conjuntamente, por presentar una gran afinidad ambiental. Me refiero a «Las lavanderas», «Maniqués», «Las coristas», etc. En todos estos cuadros y en la mayor parte de los de su producción, SOLANA ha querido ser el más exacto narrador, y ha pintado cuanto hay de feo y de crudo en algunos aspectos de la vida. Y no ha querido paliar esa fealdad con postizos ropajes de belleza, ni ha querido disminuir la crudeza del asunto con algún inadecuado ingrediente dulce. Sólo ha querido ser exacto, porque ser exacto conviene a su naturaleza de hombre franco y rudo. No hay que pensar que

SOLANA haya pretendido horrorizar a nadie con sus escenas de la vida cotidiana. Lo que ocurre es que SOLANA veía belleza y poesía, con una envidiable y feliz cualidad de elegido, allí donde los demás, para nuestra desgracia, solamente vemos miseria y mal.

Los temas taurinos tiene también su lugar en la Exposición, pues la fiesta de los toros juega un papel principal, entre las manifestaciones de nuestra indiosincrasia colectiva, y por tanto interesó a SOLANA. Así, en el enorme cuadro «La corrida», vemos a través de un prisma de máximo enfoque las actitudes de cuantos intervienen en aquella, desde el torero hasta el último espectador, estando tratados todos los personajes con esa minuciosidad ruda y llena de paciencia tan peculiar en la producción solanesca.

Hay un cuadro cuyo tema es un desfile procesional, «Procesión en Pancorbo», y por último hay que destacar el titulado «El fin del mundo». Es éste un cuadro de grandes dimensiones (2,12 x 1,62), que representa una visión apoteótica de la muerte. La muerte sorprende en un caos de desgracias a todos los hombres, que buscan en tal momento y con vital ansiedad, ese lazo místico que les une a su Creador, y que es la Religión.

La religión y la muerte, sentidas con intensa huella medular por el alma castellana, están presentes como colofón en la obra de José GUTIERREZ SOLANA, pintor castellano cien por cien.



“ESTILO”

XI EXPOSICIÓN DE ARTE DE PRIMAVERA

En la Galería Alta del Ayuntamiento, del día 1 al 9 de Junio del presente año, se celebró nuestra tradicional Exposición Artística. La línea general imperante en las obras expuestas ha sido el de la elevación del tono medio artístico de las obras expuestas, elevación que ha sido más notoria en el campo de la escultura. Los expositores, catalogados según las diferentes facetas artísticas, han sido los siguientes, citados por orden de catálogo:

Pintura al óleo: Fernando Giles, Antonio Maeso Martín, Francisco Robles, Mariano Serrano Pintado, Fernando Dorado, Emilio Lahera Cano, Manuel Santiago Ludeña, Enrique Veloso, Eusebio Sánchez, Pedro Sánchez, Angel Lanchas, Antonio Sánchez Palencia, Antonio Moragón, Cecilio Guerrero Malagón y Pilar Serván Mur.

Pintura a la Acuarela: Alfonso Bacheñi, Emilio Lahera Cano, Pedro Sánchez y Manuel Martín Pintado.

Dibujo: Fernando Giles, Emilio Lahera Cano, Manuel Santiago Ludeña y Enrique Veloso.

Escultura: Manuel Santiago Ludeña, Félix Villamor, César Sánchez Soria, Francisco García, Julio Algualcil, Juan J. Peñalosa y Armando Fernández Fraile.

Artesanía: Pedro Sánchez.

Fallo del Jurado: El Jurado que concedió los premios de nuestra XI

Exposición de Primavera, estuvo presidido por D. Julio Pascual, Presidente de la Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas de Toledo, y sus vocales fueron la profesora D.^a María Luisa García Pardo y el catedrático D. Emiliano Castaños.

El Jurado acordó conceder los siguientes premios:

Pintura:

- 1.º D. Fernando Giles.
- 2.º D. Fernando Dorado.
- 3.º D. Eusebio Sánchez.

Escultura:

- 1.º D. Francisco García.
- 2.º D. César Sánchez Soria.
- 3.º D. Félix Villamor.

Acuarela:

- 1.º D. Alfonso Bacheñi.

Dibujo:

- 1.º D. Antonio Moragón.
- 2.º D. Manuel Santiago Ludeña.

I CERTAMEN JUVENIL DE ARTE

Convocado por el Frente de Juventudes, se ha celebrado el I Certamen Juvenil de Arte, en el cual han conseguido el copo de los primeros premios otorgados miembros de nuestra Asociación, de lo que nos congratulamos, al mismo tiempo que hacemos presente nuestra felicitación a los galardonados.

El fallo del Jurado ha sido el siguiente:

Premio Extraordinario:

D. Manuel Santiago Ludeña.

Pintura:

- 1.º D. Fernando Giles.
- 2.º D. Manuel Santiago Ludeña.

Dibujo:

- 1.º D. Félix Villamor.
- 2.º D. Manuel Santiago Ludeña.

Escultura:

- 1.º D. César Sánchez Soria.
- 2.º D. Manuel Santiago Ludeña.
- 3.º D. Félix Villamor.

EXPOSICIÓN DE MADRID

En relación con la anunciada Exposición Artística que la Asociación tenía que haber celebrado en los salones del Museo de Arte Moderno esta primavera, hemos de manifestar que el Sr. Director del mencionado Museo, D. Enrique Lafuente Ferrari, ha estado ausente de España durante cuatro meses por haber estado realizando en Alemania una importante misión cultural. Al mismo tiempo, en el Museo de Arte Moderno, se están realizando desde hace unos meses importantes obras que han afectado a la casi totalidad del pavimento.

El Sr. Lafuente Ferrari ha manifestado a nuestro Vicepresidente, en funciones de Presidente, D. Clemente Palencia Flores, que mantiene en sus mismos términos su ofrecimiento para la realización de la mencionada Exposición para la primavera de 1959.

Al mismo tiempo hemos de manifestar que el Sr. Lafuente Ferrari ha dirigido en el mismo sentido una atenta carta a nuestro consocio y Vocal de nuestra Junta Directiva, D. Cecilio Guerrero Malagón.

MICROANTOLOGIA POETICA

LEOPOLDO DE LUIS

UNA VENTANA

DEMENTES artesanos, albañiles locos, enajenados constructores, levantando una tapia, cientos, miles de tapias entre sueños y rencores.

¿Quién dirige esta ciega arquitectura, estas casas de sombra, esta muralla de soledad, la torre de negrura donde la vida el vuelo libre encalla?

¿Quién dibujó la araña de este plano que repite paredes y paredes?
¿Quién alza estas ciudades, con qué mano se tejen esta niebla y estas redes?

Alguien ha emborronado absurdamente en los viejos diseños. Esta puerta no dá a ninguna parte. Un muro enfrente ahoga el sol de la ventana abierta.

Y cruzamos oscuras galerías que nos devuelven a la misma estancia. Habitaciones múltiples, vacías, repitiendo su inútil resonancia.

Y queremos salir, pero buscamos la puerta, recorremos la escalera y no se acaban sus desnudos tramos, ni nada abrimos, porque no hay afuera.

No hay afuera, no hay calle, no hay ciudades, no hay mundo; hay esta sola inmensa casa, estas eternas, solas vecindades de corredor donde la vida pasa.

No hay más que estos enormes corredores por los que nos cruzamos ciegamente vecinos de una casa de rencores con la pared de un odio sordo enfrente.

No hay más que estas paredes donde deja sus amarillas manchas el olvido, como la mano de una humedad vieja en el yeso mortalmente mordido.

No hay más que ciegas puertas que abre el viento descubriendo la sombra desdentada. Los picaportes rompen su lamento y giran las fallebas para nada.

Y lo sabemos. Pero nos decimos: «En la otra habitación habrá salida». De portazo en portazo repetimos la esperanza fingida.

Porque vamos soñando abiertos muros, grietas donde el sol se precipite; inventando avenidas y paisajes futuros, tierras feraces que la luz habite.

Y sentimos un fuego en nuestras manos, la sangre en nuestras manos, de ansia hechas, para cavar, oscuros artesanos, en las paredes de la casa brechas.

Con las manos heridas, la ventana soñamos construir, a la luz pura, que nuestro hijo pueda abrir mañana en esta ciega y hosca arquitectura.

CERAMICA ROMANA

La greda tomó forma en este vaso, esta breve vasija en que aún se ampara la cóncava caricia que dejara la mano del alfar en su repaso.

Cuánta amorosa vida; cuánto ocaso de vida, tan remota; se declara en esta arcilla, cuánto esfuerzo para venir hacia la muerte paso a paso.

Vuelven un poco a su vivir las cosas que vuelven a la luz y por sus nombres evocan una humana acción sencilla.

¿Para alguna mujer guardaste rosas?
¿Tu agua calmó la sed de algunos hombres?
Fuistes útil y eres bellas, ch dulce arcilla.

INÉDITO



Nació en Córdoba, el año 1918. De niño fué trasladado a Valladolid, donde residió varios años. Actualmente vive en Madrid. Cursó estudios de Bachillerato, Magisterio y Técnico Industrial.

Comenzó a publicar en 1945 en la revista «Garcilaso», con una extensa colaboración titulada «Sonetos de Ulises y Calipso», ambientados en el paisaje marroquí del Estrecho. Desde entonces frecuenta las revistas literarias españolas, colaborando también en algunas americanas.

Cultiva la crítica de poesía de manera asidua en las revistas «Ínsula» y «Poeta española».

Ha obtenido numerosos premios de poesía y periodismo, de entre los que destacan el «Premio Índice», de Madrid, y el «Premio Pedro Salinas», del Ateneo de México. Su libro inédito «El extraño», obtuvo un accésit en el «Premio Boscán 1953». Y con «El padre» el «Premio Escultor José María Palma».

Sus libros publicados hasta la fecha, son: «Alba del hijo» (Col. «Mensajes», Madrid, 1946); «Huésped de un tiempo sombrío» (Col. «Norte», San Sebastián, 1948); «Los imposibles pájaros» (Col. «Adonais», Madrid, 1949); «Los horizontes» (Col. «Planas de Poeta», Las Palmas, 1951); «Elegía en otoño» (Col. «Nebli», Madrid, 1952); «El árbol y otros poemas» (Col. «Tito Hombre», Santander, 1954); «El padre» (Col. «Mírto y Laurel», Melilla, 1954); «El extraño», 1955, y «Teatro Real», 1957.

Leopoldo de Luis es uno de los poetas más representativos de la poesía actual.

MANUEL PACHECO

DESCRIPCION DEL HIJO

A mis amigos: Antonio F. Molina y Pepita.

I

Toco la luz que va creciendo, la luz que fué en el mar de nuestro amor una gota de espuma silenciosa, apenas los cabellos de un espectro... Su vientre tiene forma de compaña y vibra como un pájaro apresado cuando mi mano quiere interrogar la vida. Ese hueco que hemos llenado con nuestra soledad, esa brillante moneda depositada en la ranura del amor, ese milagro golpeando la curva de la carne. Estamos esperando la semilla que crecerá en la niebla.

Yo quisiera tenerla como una ceja viva navegando en el agua de un espejo; hablar con su pequeña longitud, detener su plomada hacia la estrella para que no arrastrara sus plumas por el barro, amarla como a un canto que se escribe en un papel de nube y se deja volar hacia la lluvia; ponerla en la distancia como una gota azul en las manos quemadas del desierto. Y sufro de su ala que sigue golpeando, de su lento moverse hacia la aurora, de su querer abrir puertas de sangre para entrar en la habitación del mundo. Y toco dulcemente la luz que va creciendo, beso el arco del vientre con mi mano encendida y llamo su latido de canario a la jaula dorada de la tierra.

II

Y hemos forzado al hijo de aplastar una rosa, de golpear la fiebre del perfume contra el jardín del pecho;

de mirar la locura a través del ensueño y querer que camine nuestra luz de ceniza.

El hijo es un silencio que brota del lenguaje del espasmo, que se hace viento azul, pulpa sonora, risa de ángel apenas dibujado en el límite frágil de la cuna.

Y el hijo es la palabra, tu palabra mejora por mi lengua, puesta a secar en forma de amapola por donde corre el grito de la sangre.

Y somos responsables de su llanto, hemos hecho una herida. le hemos puesto a los tigres del dolor un nuevo cervatillo y ya vemos sus dientes penetrar en las fibras de su cuerpo. Hemos formado al hijo con mi voz y tus lágrimas y ahora canta el rocío en nuestras manos.

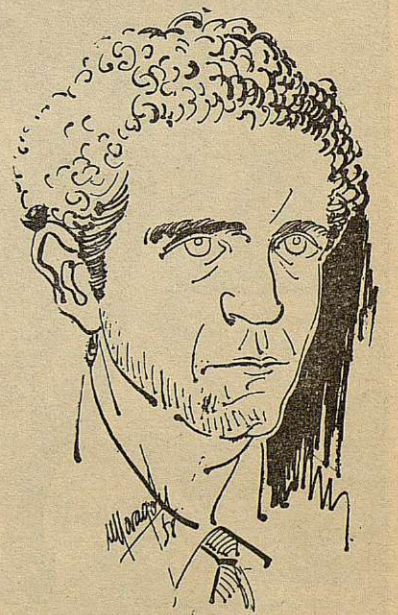
(De «El libro de las Descripciones», inédito)

ALBA DE MADRE

Abierta la naranja de tu vientre para dar a la vida la fábula de un niño. Te encontrabas lejana, caminando los lindes de la muerte, bajando por un pozo de honduras amarillas, separada de mí por una puerta blanca. Pero yo estaba allí interrogando el peso de los muros, arañando paredes, perforando la dureza del ladrillo con la carcoma insomne de mis ojos; pero yo estaba allí para oír el inmenso latido del amor, y las manos del hijo que tocaban la curva de la asfixia y tu cuerpo tendido sobre el níquel como una flor mordida por la lluvia. La arena del silencio secaba las paredes de los largos pasillos. Pero yo estaba allí para escuchar el xilofón del llanto que venía sonando el alba de una madre.

(De «Poemas al hijo», inédito)

Nos dice: Nací con veinticuatro dedos entre manos y pies, en OLIVENZA (Badajoz, España), el 19 Diciembre 1920. Dicen lloré en el vientre de mi madre. A los siete años tuve indirectamente la culpa de la muerte de mi padre, el cual me adoraba. Traslado a Badajoz. 10 años en un Asilo. Soy llamado a filas a los 18 años, durante la guerra civil. Fui monaguillo, cantador de tangos, fotógrafo, ebanista, cargador en muelle estación de ferrocarril, albañil, marmolista, barnizador, repartidor de hojas del empadronamiento y contrabandista durante el año-hambre y vi dos veces la muerte en esas operaciones. Soy alto, delgado, autodidacto, primitivo y profundamente arraigado a mi individual mundo interior. Tengo una mujer (fiel compañera) y un hijo (poema de carne que escribimos entre los dos). Tengo muchos amigos desparramados por todo el mundo. Nací poeta y yo mismo me hice mi cultura. No tengo estudios de ninguna clase y fui poco al colegio. Leo desde los 8 años todo lo que cae en mis manos. Químico, asimilo, capto esencias y luego voy devolviendo al mundo mis monedas de luna o vitriolo. Ahora golpeo una máquina de escribir para ir viviendo. Mi mujer es modista y ayuda a llevar la carga de la vida. Soy esencialmente POETA porque sólo la POESÍA me ayuda a seguir caminando. Me pasé varios años escribiendo en la más completa soledad, incomprendido de todos, desde mi familia hasta los demás. Tengo publicados cinco libros, a saber: «Ausencia de mis manos», por D. Manuel Monterrey (Decano de los Poetas de Badajoz) y unos amigos, ellos pagaron la edición. Este mi primer libro tuvo un gran éxito de crítica, polémicas y cartas de muchas personalidades de las letras. Fue reseñado en uno renglones en la «Historia de la Literatura Española», de Valbuena. «Tierra del Cáncer» (1953, Colección Doña Endrina, Guadalajara, España), mi libro más discutido, criticado y aplaudido. «Arcángel Sonámbulo» (1953 en Caracas, Venezuela, por la revista Lítica Hispana, libro que me abrió las puertas de América y otros países de Europa por la gran difusión que tiene esta revista. «Los Caballos del Alba» (1954, Madrid, patrocinado por D. José Díaz Ambrona, y «Presencia mía» (1955, Badajoz)....



Manuel Jorge de Aragoneses y la Arqueología Toledana

Por FERNANDO JIMENEZ DE GREGORIO

La estancia en Toledo de Manuel Jorge de Aragoneses, ha sido fructífera; en los pocos meses que permaneció en nuestra ciudad ordenando e instalando el Museo Arqueológico, realizó esta ingente labor con la habilidad y pericia en él acostumbradas, con el gusto eficaz con que ha venido disponiendo otras colecciones que pregonan por buena parte de la geografía Peninsular, ese sentido de equilibrio, de belleza, que De Aragoneses posee en alto grado.

Con dinamismo ejemplar dió a las salas del Museo nuevos perfiles, las hizo cómodas, gratas, fáciles, sencillamente posibles al exigente investigador como al curioso que, rápidamente, quiera pasar por ellas.

Completó su interesante labor escribiendo una *Guía del Museo Arqueoló-*

gico de Toledo (1), en donde se recoge la nueva distribución del valioso material.

La visita al Museo Arqueológico es obligada si se quiere tener una idea del pasado toledano y la Guía, sabiamente hecha, viene a facilitarla.

Su erudita introducción es una historia exhaustiva del Museo. Se estudia en ella el edificio y las once salas distribuidas, respectivamente, en prehistoria y arqueología romana, visigoda —con dos salas, la II y III—, árabe, mozárabe, hebrea y mudéjar. Medioevo cristiano, artes industriales modernas, pintura flamenca de los siglos XV y XVI, espeñola del XVI, del XVII, de los siglos XVIII-XIX. Se anotan las piezas conservadas en la Biblioteca y en la Dirección del Establecimiento.

Termina el texto con una extensa e interesante bibliografía del Museo y de las colecciones que en él se guardan.

Finalmente, con profusión, se dan en magníficas fotografías las más notables salas y piezas.

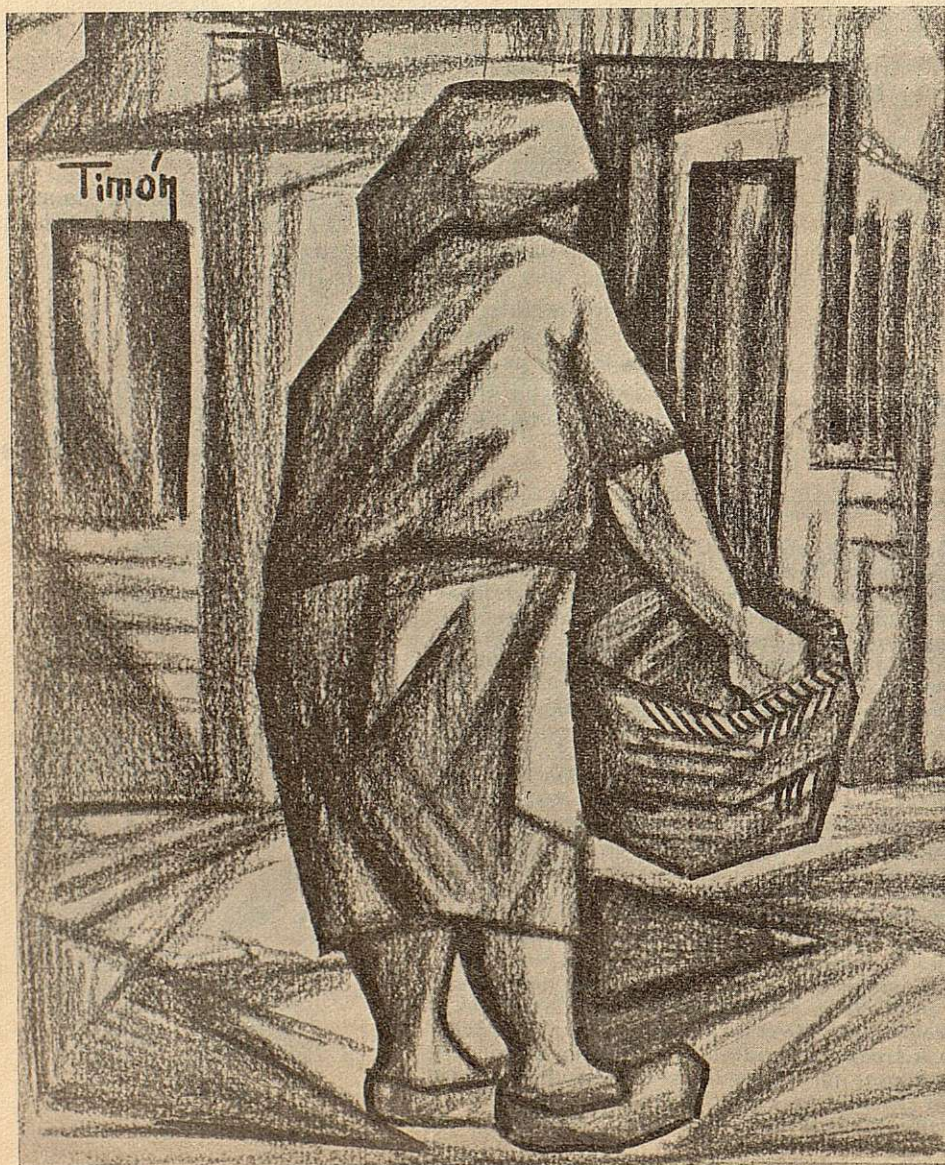
Mas la actividad de Manuel Jorge de Aragoneses, no se limitó a los trabajos antes referidos, algo más interesante con serlo mucho lo expuesto, da a conocer en su segunda publicación toledana (2), en donde se recogen y estudian unos fragmentos, por él encontrados, del primer Credo epigráfico que se conoce en el mundo. Ha sido Toledo, con sus inmensas reservas arqueológicas, la ciudad en la que ha aparecido este primer testimonio de la fe Católica frente a las heregías del alto Medioevo. Debí campear la interesantísima inscripción en el interior del ábside de Santa Leocadia, en la Vega Baja.

Con sencillez, no carente de emoción, De Aragoneses refiere cómo encontró el notable fragmento en la Vega Baja, en cuyo subsuelo yace una buena parte de la historia de la España visigoda.

En esta publicación se hace referencia a otro hallazgo príncipe: fragmentos de un altar visigodo de nicho, de bella factura.

Estas piezas y algunas más, igualmente visigodas, son estudiadas por el autor que comentamos, el que sintiendo el problema arqueológico de Toledo, llega a importantes conclusiones, entre las que destacamos: el deber de guardar el subsuelo de la Vega Baja, para en él, antes de que el ensanche natural de la ciudad lo cubra, realizar metódicas excavaciones que nos devuelvan los tesoros arqueológicos que posee.

Aplauso sin regateo merecen estas publicaciones, que vienen a incrementar la bibliografía toledana en una de sus más notables facetas: la arqueológica. Toledo es, en buena parte, pasado todo lo que sirva para enriquecer y valorar su conocimiento, es meritorio y digno de gratitud.



(1) Publicaciones de la Dirección General de Bellas Artes. 1927. 199 págs., 13 láminas, 16 planos.

(2) *El primer credo epigráfico visigodo y otros restos coetáneos descubiertos en Toledo*. (Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto «Diego Velázquez», Archivo Español de Arte, núm. 120, 1957). 30 págs., 4 láminas.

Entre las muchas concesiones al sensacionalismo que, de poco tiempo a esta parte, vienen registrándose en algunos sectores de la prensa diaria, nos duele comprobar que está cundiendo más de lo moralmente debido —que es cosa diferente de lo legalmente autorizado, aunque para algunas mentalidades estén inscritos lo uno en lo otro—, una especial inclinación a tratar por lo amplio en cuestiones que, en todo momento, nos apresuraríamos a condenar como indignas de obtener un emplazamiento de preminencia, siquiera relativa, en las columnas de nuestra prensa.

Porque ocurre que en esos, cada vez más dilatados márgenes periodísticos consagrados a crear un clima de sugestión entre la masa de lectores, figura, aún en mayores relieves que el reportaje de cuño fantástico, el relato, bien adobado de detalles, de los peores delitos y de los más atroces crímenes de actualidad. No faltaba sino que, desembocando de esas tendencias, fuésemos por fin a parar en la publicación «sui generis», donde los detalles se acumulan en compacta ordenación de lo acaecido, que es a lo que hemos llegado con la mayor naturalidad del mundo.

No parece recordar que ya una vez, reciente la victoria de España, se hizo una objeción contundente sobre esta ralea de publicaciones. De aquellas revistas, de aquella «Linterna» de la que hacemos lejana memoria, diluída en nuestros recuerdos infantiles, y cuya desdichada propagación tenía mucho que ver con un estado de febrilidad, de dolencia oculta y depresiva de un país, a estas otras revistas, apenas hay distancia que salvar. Y ya esto es grave indicio de que se recae por parte de muchos en parecidas situaciones de agobio espiritual y de enfermiza avidez hacia aquellas cosas desplazadas de sus límites por la toxicomanía literaria de algunos débiles imaginativos.

Sinceramente nos repugna que se oree publicitariamente algo que debiera permanecer recóndito, como una de tantas vergüenzas que nos depara la condición de ser hombres, al tiempo que nos reconocemos en estado de manifiesta insolidaridad con quienes hacen de su profesión un sayo murgriento, complaciéndose en difundir los hechos menos ejemplares, los sucesos terribles, y las tremendas deformaciones patológicas de seres prójimos nuestros, a lo que no es posible compadecer ni juzgar con el más leve asomo de rectitud por lo que de ellos se lee en sensacionalistas reportajes.

T. S.

Acompañados por nuestros asociados Eduarda Mora, Laura Heredero y J. A. Villacañas, han visitado nuestra ciudad el escritor y profesor D. Francisco Broch y las alumnas del colegio italiano «Università Degli Studi di Pisa».

MUNDO DE ARTE Y LITERATURA

(El arte de Pilar Serván)

Quiérase o no se quiera, un cuadro dice todo de su autor; es como una definición gráfica del paisaje espiritual en que habita. Y esto es lo que Pilar Serván viene a demostrarnos con sus obras, ajenas a limitaciones técnicas y vueltas de espaldas a los «remendados» ismos, que tanto nos hacen vacilar aún antes de identificar al artista en el campo de la sinceridad.

Los cuadros de Pilar Serván son como latidos del trasmundo, dictados al oído por la propia naturaleza de las cosas.

He aquí sus propias manifestaciones:

—¿Por qué pintas?

—Por una necesidad espiritual.

—¿Tu escuela?

—La propia vida.

—¿Qué es lo más importante en tus cuadros?

—Dejar el alma alojada en un mundo transparente.

—¿Puntos de contacto?

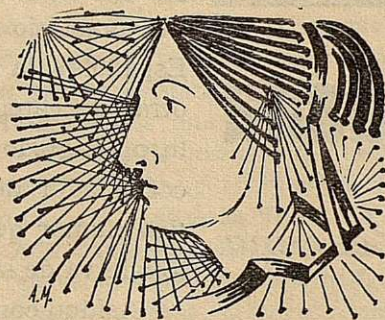
—Con mi corazón.

—¿Te encuentras en algún pintor determinado?

—Lo ignoro. Pero creo estar muy dentro de mí misma.

Yo, sorprendido por la talla impresionante de sus contestaciones, me limito a poner el marco al autorretrato poético de esta pintura singular.

J. A. VILLACAÑAS



Abrid los brazos

(Poema por Carmen Conde)

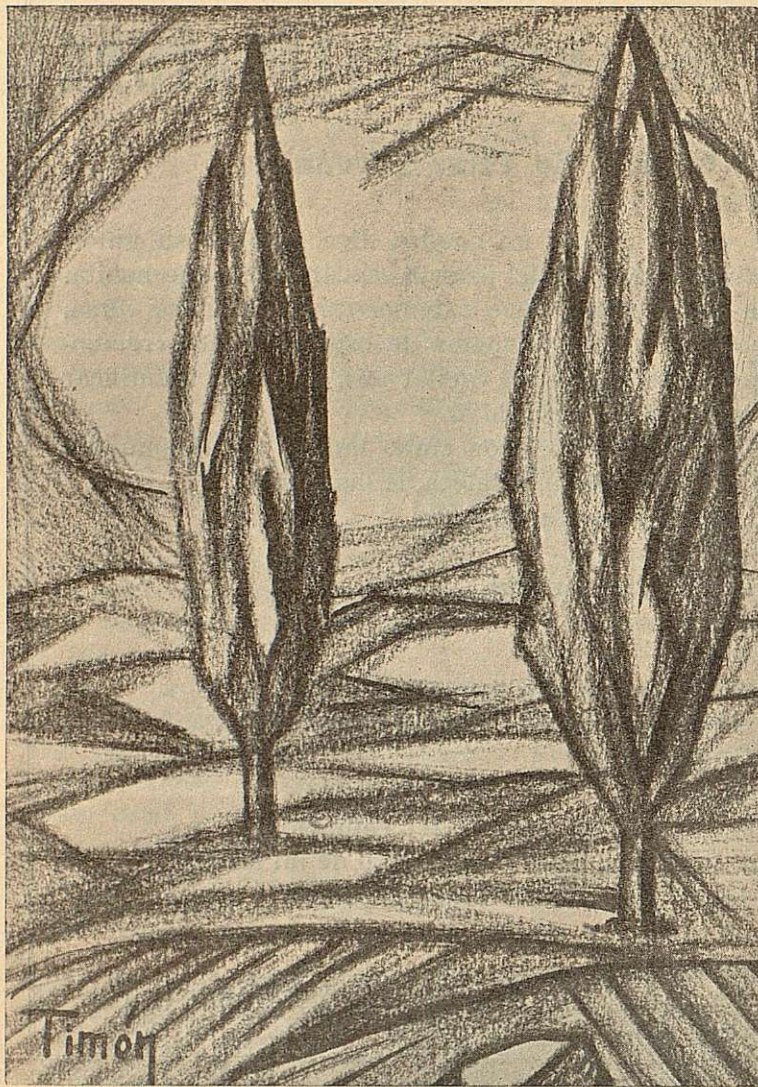
*Abrid los brazos porque venga el día
como una fiebre lenta, hasta la frente;
como una rama y fruta muy reciente
daros un poco más, más todavía.*

*Renaced entre nieve, como ría
que va junto al paisaje estrechamente,
y que el rincón más íntimo sea fuente
para veros llenar la mano fría.*

*Hasta la última alondra rezagada
esperaré pasar todo el recuerdo
emigrando a la costa de la ausencia.*

*No me digáis adiós. No digáis nada;
pondré a volar mis manos por si pierdo
la sombra de este día en mi presencia.*

Eduarda MORO



Estampa toledana

Navarro Ledesma

No ha muchos días, unos visitantes nuestros hispanoamericanos, al pasar por la céntrica calle de Navarro Ledesma, le preguntaron al guía ¿y este Navarro Ledesma, quién fué?: a lo que fueron contestados con un encogimiento de hombros significativo de su desconocimiento.

Por tener la seguridad de que si esta pregunta se hiciese a muchos toledanos, posiblemente tuviera idéntica contestación, bueno será hacer un ligero bosquejo de su biografía.

Nacido en Toledo en el año 1869, murió, repentinamente, de un ataque cardíaco, en Madrid, en el año 1905. Muy joven, a los 19 años, después de cursar la carrera de filosofía y letras, oposita e ingresa en el cuerpo de Archiveros y es nombrado Jefe del Museo Arqueológico de ésta, su ciudad natal, donde, en los 10 años que permaneció en su cargo, por su gran amor al estudio y poderosa retentiva, llega a adquirir

una erudición extraordinaria que le lleva a buscar todos los caminos de la cultura, llegando a dominar gran parte de las lenguas vivas y de las muertas, diciéndose que el latín y el griego le fueron habituales, manejándolos con tanta soltura como el castellano.

A los 29 años consigue un ruidoso triunfo oponiendo y ganando la cátedra de retórica del Instituto de San Isidro, a la que concurren prestigios de renombre, por lo que traslada su residencia a Madrid; aunque, toledano cien por cien, nunca olvida a la ciudad que le viera nacer y a ella dedica, siempre que para ello se presenta ocasión, lo mejor de sus recuerdos, ya que Navarro Ledesma fué de los que más adentrados e identificados estuvieron con su patria chica, siendo uno de sus mejores guías, y para Barrés, en sus andanzas y correrías por nuestras calles, fué su acompañante preferido.

De polifacético saber, de imaginación desbordante, inquieto y luchador, agudo crítico e inspirado poeta, crearon el clima apropiado para que produjera obras de arte, didácticas y eruditas, de fuerte y recia originalidad. En la prensa, su labor fué fecundísima, y ya en Toledo fundó un semanario titulado «El Herald», que vivió poco tiempo. En Madrid, colaboró asiduamente en el «Imparcial» y el «A B C», nacido poco antes de él morir. Asimismo lo hizo en revistas del prestigio de «Blanco y Negro», la «Ilustración Española», la «Iberoamericana», el «Nuevo Mundo» y otras de categoría que solicitan su colaboración por lo prestigiado de su firma. Con Royo Villanova es cofundador del «Gedeón», la revista satírica de más fino humor que quizá hayamos tenido en España en lo que va de siglo.

Asiduo concurrente al Ateneo, pronuncia sonadas conferencias y es, durante algún tiempo, presidente de su sección de literatura. Escribe, a decir de los entendidos, el mejor libro de enseñanza, en su especialidad, titulado «Lecciones de literatura general», y escribe, terminándolo poco antes de su muerte, la biografía novelada de Miguel de Cervantes, lo mejor, en su época, de lo conocido hasta entonces de la vida del glorioso manco y en cuya obra desliza algunos juicios que pecan de parciales.

Y este fué el toledano Francisco Navarro y Ledesma, que murió prematuramente, por allá por la mitad de su vida, y que de haber vivido otro tanto, es indudable que hubiera dejado muchas pruebas de su raro y diverso saber, y como además de todo eso fué un exaltado y concienzudo panegirista de Toledo, para nosotros, sólo este motivo, bastaría para que le profesáramos nuestra más devota admiración.

RAFAEL BRUN



TRABAJITOS ESCOLARES

La recientemente fenecida primavera es la época de los conflictos familiares de índole representativa: suben los precios; se casan los amigos solteros; hacen la Primera Comunión los hijos de los amigos casados, y los nuestros, colegia-

les, nos plantean cualquier día de este mes de Mayo el problema de que el profesor, o la profesora, les han encargado la confección de un bonito álbum de mapas etnográficos, geológicos, zootécnicos o folklóricos que demuestren lo que se supone el niño habrá estudiado, aunque no lo haya estudiado, durante el curso; o una colección de labores de bolillos, de ganchillo, de deshilado o de «filitré», que sirva para hacer ver lo que la profesora debería haber enseñado a las niñas. (El que no se lo haya enseñado, apenas si tiene que ver con el fondo de la cuestión).

CARRETERA N-401

Nosotros, que por vivir en Toledo, además de mirarle *le vemos*, nos atreveríamos a hacer una súplica. ¡Ya puestos, dos súplicas!

Pese a lo caro que está todo, veríamos con agrado y tranquilidad que un día cualquiera, en que no tuviesen mucho que hacer, en un camión bajasen una carga de ladrillos y unos sacos de cemento y los descargasen en la curva de la carretera N-401, km. 70, curva de la Estación para los toledanos, según salimos de la ciudad por el Puente de Alcántara y bajamos al ferrocarril, a mano izquierda.

Después, que unos albañiles dedicasen dos días a *aquello*, y... ya está.

Aquello es (lo vimos en tan lamentable estado a lo largo de muchos meses y muchos paseos) un pretil en estado ruinoso, hoy en la parte más peligrosa caído totalmente.

Trampolín a ras de suelo sobre un precipicio de rocas, tierra y río.

Pensamos, no sin escalofríos, en un motorista que con los frenos rotos se saliese de la carretera y en línea recta, por su impulso, fuese a parar a Safont. Pensamos, «como siempre», en la primera impresión de un turismo ávido de sensaciones fuertes. Pensamos en los niños que juegan constantemente empujándose y peleándose. Pensamos en los enamorados... Pensamos en la noche vacilante de cualquier embriagado.

Pensamos en tantas cosas, que nos vamos a quedar como la escultura de Rodin: de piedra.

La súplica, a quien corresponda, Obras Públicas o Ayuntamiento, es ésta: ¡ESE PRETIL, PELIGRO!

Toledanos, motoristas, enamorados, niños (mejor dicho, padres) y borrachos, lo agradecerán.

Aunque todo está muy caro y por necesario se hará, gracias.

(Esto está escrito en serio, y lo que sigue mucho más).

Toledo, afortunadamente, no padece ni padece de chabolismo. Sólo de vez en cuando, «típicas y seculares» instituciones florecen por buen



tiempo debajo de algún puentecillo o pontón.

Lamentamos tener que seguir señalando a la carretera N-401, pero el paseo de hoy fué funesto para ella.

No podemos callar el que hoy (10-7-58) vimos a *Leikas* y *tomavistas* disparar placas y rodar en 8 mm. escenas de un neorralismo falso. No es paradoja.

Real y verídica es su existencia, pero la «estampa» ni es toledana y menos española, al menos en cuanto a su *generalidad*, ya que los fuertes platos solanescos, duros y agrios, cada día hay que *rebuscarlos* más para sacar curiosidades morbosas.

Por tanto, lo que ya no es oportuno es dejar que una de esas *excepciones rebuscadas* se brinden con suma facilidad para las cámaras al borde mismo de un río «histórico», de un puente «antiguo», de una carretera general y a la salida de otro puente nuevo que marca el principio obligado de un anunciado Tour de la Ville.

Admirable que edificaciones inútiles y en estado ruinoso, con peligro de producir víctimas, se hayan demolido con el fin al mismo tiempo de que allí no anidasen ni proliferasen los subproductos de ciudad.

Los edificios han desaparecido, pero allí sobre el solar permanecen ahora al aire libre una serie lamentable de seres, últimos *casos* de los cuales ya nadie tiene ni culpa de su situación, exponiendo su piel y su miseria inconscientemente a un mundo extraño que jamás en su demagogia les ayudaría.

¿Sería posible QUITAR, EVITAR, esas vistas de Toledo, puesto que, como dice el refrán mediterráneo: «la casa ni es así, ni el ama sucia»?

Explicaciones *a posteriori*, a un turista no sirven.

Quizá comprendan, pero aunque sea como típica, la placa, como la piedra, está «tirada».

Los padres, en estos casos, acostumbramos a comentar desfavorablemente el sistema pedagógico de los profesores de nuestros hijos. Al obrar así, no hacemos sino desmoralizar a éstos, ante los cuales ponemos en las picotas de la ineficacia y de la inconsecuencia a unas personas a las que el niño debe tributar un respeto absoluto, y no ya meramente formal. Abundando luego en la inconsecuencia que reprochamos en los demás, aseguramos:

—No os apuréis, hijos míos, que aquí están vuestros padres para lo que haga falta.

Lo que haría falta, lo que procedería, sería visitar al profesor o a la profesora y hacerle ver lo disparatado de su pretensión. Pero cuando el niño o la niña, temerosos de la evidencia o del entredicho, alegan que los padres de sus discípulos han encargado los trabajos de sus hijos al mejor dibujante o a la más diestra profesora de labores, nuestra esposa suele interponer su autorizada apreciación dictaminando:

—¿Ah, sí? Pues lo que es tú no vas a quedar por debajo de nadie. ¿Quién le hace los mapas a Robertín, dice? ¿El delineante López? Pues a tí te los va a hacer don Federico, el Ingeniero. ¿Y quién dices que le hace a Robertín los pibujos? ¿El pintor Palomeque? Pues a tí te los va a hacer otro mejor. A ver, Pepe, ¿quién es el mejor pintor de España?

La mujer de mi amigo Roberto se empuñó una vez en que a su niña le tenía que hacer un cuaderno Salvador Dalí. Mi amigo la hizo ver que Salvador Dalí estaba siempre muy ocupado sacándose punta a los bigotes, y consiguió que ella se conformara con acudir a Pedro Mozos. Al niño de mi amigo le dieron —¡cómo no!— un sobresaliente como una casa.

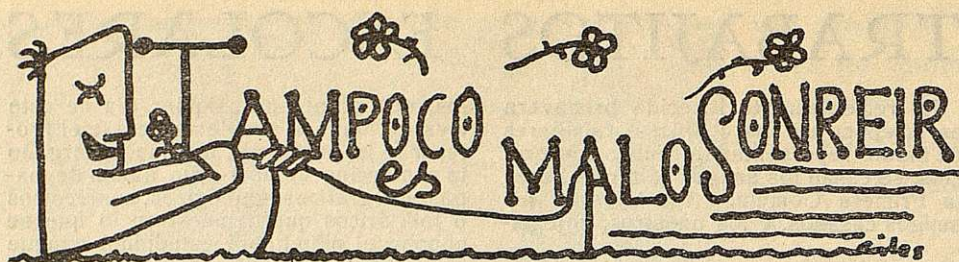
Y mi mujer, cada vez que viene a cuento, me friega la cara con los sobresalientes de Robertín. Cuando mi niño recibe un pocho notable o un conmisera-tivo aprobado, rezonga: —¡Sí, hijo; sí! Pero a tu padre no le da la gana molestar a nadie. ¡Como si no fuéramos a pagar a los que te hicieran los dibujos y los cuadernos de matemáticas!

Algunas veces he intentado convencerla de que lo que yo pretendo es que nuestro hijo descurra y se acostumbre a valerse por sí mismo. Pero, al parecer, esto cae fuera de su comprensión. Y sigue acusándome de que no me preocupo del porvenir del chico, de manera que ya me voy empezando a preguntar si no tendrá razón. Porque el caso es que Robertín sigue acaparando sobresalientes Y que luego todo se tiene en cuenta.

PEDRAZA



REDACCIÓN



“NI SITIO DONDE LLORAR”

La amenaza de guerra atómica dejó de atemorizar a la Humanidad gracias al corresponsal en Burgos del semanario «Noticiones».

A Pepe Pérez, el citado corresponsal, le extrañó, como a cada hijo de vecino, pero un poco más, que el Gobierno nombrara a don Santiago Bernabeu Secretario General de la Comisión Interministerial de Energía Atómica. Luego tuvo conocimiento de que Mr. Paul Stormovik, autoridad internacional en la matetia, se disponía a visitar Burgos con el fin de admirar debidamente el Papamoscas, y se las ingenió para conseguir una entrevista con el referido sabio en un típico restaurante. La broma le costó cuatrocientas pesetas, pero consiguió emborrachar debidamente al científico y obtener de sus labios babeantes la sensacional información que debía contribuir como ninguna otra a que la Historia de la Humanidad siguiera discuriendo por los senderos trillados de cañonazo y tente tieso. Porque Pepe Pérez averiguó:

1.º Que el sensacional asunto de las fugas atómicas era un tongo como una casa.

2.º Que la fórmula de la desintegración del átomo era ligeramente, pero sólo ligeramente más complicada que pi erre dos, y

3.º Que el uranio y el plutonio se adquirirían a precio exorbitante, pero con relativa facilidad en ciertos clubs nocturnos tangerinos.

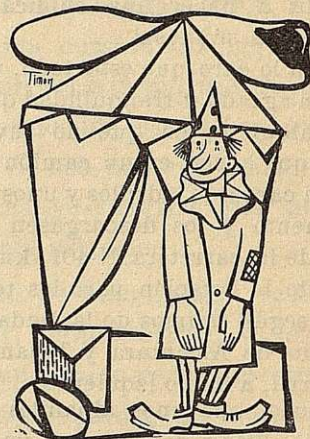
Cuando «Noticiones» hubo dado conocimiento de que las fugas atómicas a través del telón de acero se verificaban mediante el sistema de traspaso y ficha, la Administración del semanario remitió a Pepe Pérez cuarenta pesetas, como pago de su colaboración en el número 236; pero la Administración de Correos de Burgos no pudo hacer efectivo el pago porque el destinatario, convenientemente asesinado y envuelto en un saco, yacía a la sazón en el fondo del Pisuerga. Dos años después, Yugoslavia, Polonia, Bulgaria y Rumania —completamente independizadas a la sazón de la férula de Moscú— hacían estallar bombas atómicas como quien asa castañas; las Potencias Gordas decidieron entonces que ya era hora de limitar la carrera de armamentos nucleares, y Rusia y Norteamérica se pusieron de acuerdo para prohibirlos, a fin de que siguiera ganando las guerras el Estado que acudiera al terreno de juego con mayor cantidad de hombres y de elementos, que era lo bonito y lo que había ocurrido siempre. Las armas

nucleares cayeron en un desprestigio afrentoso, y sólo las siguieron usando, a partir de aquella fecha, los rebeldes cubanos, que —todavía— luchaban contra el todavía presidente Batista; los terroristas argelinos, los irredentistas irlandeses y pocos más grupos revolucionarios de igualmente escasa significación política. En el corazón de Kenia, los Mau-maus lograban a muy poca costa fabricar bombas, si no de hidrógeno, sí de acetileno, que es muy parecido, en una factoría en la que, convenientemente tratado con agua oxigenada, se desintegraba el carburo que era una bendición...

Las consecuencias del descubrimiento de Pepe Pérez fueron incalculables: los Estados tuvieron que desti-

nar —de verdad— la energía nuclear para usos pacíficos, y las amas de casa de 1972 se volvían locas —como otrora por los de petróleo— por los infiernillos atómicos, que cocían un cocido en veinticinco segundos y con los que se conseguía un puré de madera de pino que sabía a Avecerem que daba gloria. De cuando en cuando, una atropellaplato hacía estallar su infiernillo atómico, pero los referidos accidentes, sobre ser raros, ofrecían la ventaja de que el viudo no tenía que llorar después sobre el cadáver porque no quedaban ni viudo ni cadáver. Ni sitio donde llorar.

PEPE PE



UNA NOVELA DE AMBIENTE TOLEDANO

Cuando un toledano como yo se pasa la vida haciendo versos, y de pronto le dicen que su obra es representativa, uno siente un extraño remordimiento. Y si él que lo dice no sólo lo siente, sino que te proclama en forma de símbolo para los mundos, y éstos vienen a buscarte a casa como enviadas de las estrellas, entonces nos obliga a demostrarlo. Pero, ¡ay!, ¿y si lo que preconiza no fuera verdad?

Afortunadamente para Toledo —y sobre todo en cuanto a mí respecta— esto no pasa de ser una reflexión a que me ha conducido la novela de Roberto Otaegui, «DONDE SE PONE EL SOL», que conoce nuestra ciudad en la más exaltada realidad histórica asociada con el edificio humano desde sus más profundos cimientos.

Esta obra, tan sembrada de detalles como en sensaciones, hace vivir al lector la emotiva arboladura que el autor mueve en sus páginas con alma suave y corazón firme.

Uno sospecha siempre de los libros bien editados, poco fáciles de adquirir pero sugestivos y muy a propósito para decorar esa parte del hogar que tanto gusta mostrar a las amas de casa. Y si uno se encuentra con el envío amable y desinteresado, le produce desconfianza, un cierto escepticismo instintivo. Sin embargo, Roberto Otaegui me obsequia con el más elocuente mentón: «Donde se pone el sol», volumen de la colección «Los grandes novelistas de nuestro tiempo», de la Editorial Colenda, respaldado por el premio «Pedro Antonio de Alarcón», conseguido el pasado año.

Esta novela es auténticamente toledana, escrita frente a un paisaje del Renacimiento. La palabra Toledo, con sus calles y lugares, tiene una especial sonoridad en la pluma de este escritor chileno, que sabe del ambiente y de la luz como un hermano nuestro. Su personaje central —Gonzalo Pérez de Alcocer— es un niño a quien las disparidades de sus padres le obligan a pensar prematuramente en su porvenir. Las primeras experiencias de muchacho las vive durante la guerra de las Comunidades.

Él indica el camino por donde ha de huir doña María de Pacheco. Una desgraciada situación, ya, en su juventud, y cuando su vocación estaba definida por la carrera de las armas, hace que Gonzalo tenga que partir para Nápoles, adonde los hechos heroicos y las aventuras amorosas se mezclan en la vida del toledano y le revisten de honores y celebridad, cosa poco tranquilizadora para los ineptos acomodados: «Y el hidalgo de Guadamur, alférez de Nápoles, galeote, buscador de oro, oficial de Alvarado —en América— penetra en aquel fabuloso mundo de su destino. Está endurecido, pero con la dureza flexible que tienen las hojas de espada que se baten en las fraguas de su natal Toledo, porque Italia ha impreso en él las virtudes castrenses y la habilidad política y el trópico la voluntad inflexible y el desprecio por los sufrimientos».

«DONDE SE PONE EL SOL» es una novela de excepcional rango literario, cuya trama mantiene siempre el interés in crescendo, donde el autor ha sabido hermanar lo real, lo poético y lo histórico.

Juan Antonio VILLACAÑAS

BIBLIOGRAFÍA

ACOTACIONES A NUEVOS LIBROS

LEOPOLDO RAMOS, POETA EN ASCENSION por *David N. Arce*.

Penetrar en la delicada prosa de David N. Arce, es degustar todo un poema sinfónico de armonía, de contrastes y de bellezas. La Editorial Jus, de Méjico, y los dibujos de Helio Duarte, son un buen conjunto de pentágramas para trasportar la voz emocionada de un poeta que canta a otro. Las obras de Leopoldo Ramos (desde *Urbe, Campiña y mar* —Méjico, 1932— hasta *El mantel divino*), se levanta majestuosa como un ciprés. Murió el gran poeta mejicano el 5 de Enero de 1957. Su biografía, su semblanza poética, sus inquietudes líricas, fueron magistralmente interpretadas por David N. Arce, que tuvo singular acierto en destacar los mejores versos del poeta; baste recordar el fragmento de la «Marca de agua»:

«Empero, hoy te lo digo
gracias te doy, Jesús, no por el agua
para batir los remos, que me diste,
sino porque descubro
mi marca de agua en el bautismo».

VUELO INTIMO Y MAR DEL SARGAZO, por *Carmen Demar*.

Clásicos y solemnes surgen los versos de esta insigne poetisa de San Juan de Puerto Rico; con finura de mar tranquilo y de ola transparente «como aroma sedefo de una flor tropical».

Algunos de sus versos nos recuerdan los grupos de esculturas de un museo o los frisos de un monumento clásico. Vemos en la descripción de su madre esa serena imagen que trazó Victorio Macho de un modo definitivo para la escultura:

«Manantial generoso el lirio de su mano,
de su verbo sedante alto credo fluía, .
Y vertía su alma con amor extrahumano
convirtiendo el pesar en dátil de alegría».

Carmen Demar es autora del famoso poemario «Derrumbe», publicado en 1948. Por entonces J. Bertoli Rangel dijo de ella y de su obra que eran de tal dignidad espiritual que sus versos eran comparables a los de Juana de Ibarbourou y Alfonsina Storni.

DIÁLOGO DE LOS SERES PROFUNDOS, por *Miguel Angel Zambrano*. Casa de la Cultura Ecuatoriana.

Su autor, profesor universitario, ha logrado un verso digno y transcendente, de altura en el asun-

to y visión poética de los temas. Con singular atención para la enfermedad, destaca en varios, de sus poemas —«Diálogo de los seres profundos», «La mosca de patas jeroglíficas» y «El niño moribundo»— la importancia del hombre ante el dolor.

Humberto Vacas dice con mucho acierto: «Poesía universal es la de Zambrano, emparentada con una vieja y siempre nueva raíz poética, la que nutrió el Apocalipsis, la que alentó los majestuosos horrores de Isador Ducasse». Un elogio especial para la Casa de la Cultura Ecuatoriana que viene desarrollando una actividad admirable. Conocemos POESIA de Augusto Arias, de la que dimos noticia en otro número de «AYER Y HOY», pero nos agradecería admirar la obra que el digno Presidente Dr. Benjamín Carrión dedicó a la gran poetisa chilena Gabriela Mistal.

ANTOLOGIA DE LA ACTUAL POESIA GRANADINA. Colección VELETA AL SUR, n.º 1.

Contiene poesías de Julio Alfredo Egea, José Carlos Gallardo, José Ladrón de Guevara, Rafael Guillén, Juan Gutiérrez Padial, Elena Martín Vivaldi y Miguel Ruiz del Castillo. Los dos primeros ya son conocidos de ESTILO. Todos presentan poesías buenas, dentro de la noble tradición lírica granadina. Son interesantes las manifestaciones literarias que hacen los distintos poetas; su acertada visión del mundo poético. Es muy de elogiar este afán de superación de la Colección VELETA AL SUR.

RIO DE DIOS. Premio «Alcaraván» de Poesía 1957, por *Rafael Guillén*.

Su autor fué fundador del grupo «Versos al aire libre». Los cuatro delicados sonetos nos presentan a un poeta consumado. Puede admirar el lector su alta calidad en este cuarteto:

«El valle es una larga despedida.
Un pañuelo de chopos en hilera,
un arroyo cansado, una pradera
jugando a mar, y como el mar dormida».

En tono general la poesía de todos los libros recibidos es de altura; hay una lenta recuperación por parte de la métrica; se huye de la estridente salida tremendista y se busca una comunicación sincera con el lector.

CLEMENTE PALENCIA

